

# El Callejón el-Qadir

**e**ra una calle onírica y bajo la influencia del temible peso de la noche, vi a un hombre indeleble. Estaba sentado en una duna abstraído, observando como una luna enlutada se reflejaba tímidamente en las arenas del desierto. Yo lo miraba desde otros cosmos, y a juzgar, por aquel silencio misántropo, hubiera jurado que verdaderamente era un hombre borrroso. Aquel hombre guardaba un secreto terrible, podía verlo en su semblante, tenía una mirada nublada que se había ajustado al silencio opiáceo de la noche. No podía hablarle, su rostro era inexpresivo. No sabía como iba vestido, ni si era alto o bajo, ni los más genéricos detalles acerca de su complexión, pero sabía que era un mendigo negro. Era la reencarnación de un espejismo viviente. Sentía una especial inclinación por preguntarle algo, pero seguramente hablaría al revés y no podría comprender nada, pero aquel sufrimiento invisible se había apoderado de mí. Su cara se desdibujaba lentamente, pero nunca podía saber si pretendía mutar hacia otra forma, o bien, se trataba de una extinción definitiva de su ser. Una misteriosa aura le rodeaba, parecía maligna, a juzgar por los estrechos círculos por los que se movía alrededor de su temblorosa cabeza. No importaba que estuviese mirando aquel hombre, porque la única esencia del conflicto era su mirada en sí.

**e**l crimen y la inocencia se movían alrededor de él. Su cara no era espectral, ni estaba hecha con el vapor escurridizo de las fantasías oníricas, era dura como el granito de una estatua inmortal, como si su existencia borrosa fuese más necesaria que todos los nacimientos y todas las destrucciones. Me acerqué hacia el de la manera más discreta posible. Con una linterna me enfocó la cara, y sin inmutarme por su desgarradora presencia le pregunté: “El desierto se está moviéndose ¿verdad?”. Él me respondió con aspereza y frivolidad: “El desierto siempre ha estado quieto. No me mires fijamente porque nunca podrías entender lo que yo soy”. Parecía extremadamente agotado y sacando partido de su momentánea flaqueza le dije: “¿Qué has venido hacer?”. No me contestaba, le grité e intenté acercarme más a él. Pero su esencia borrosa y el mecanismo de su camuflaje volvieron a activarse, cuando estuve justo a su lado encontré un hombre totalmente distinto. Era un mendigo de color. Cuando volví a dirigirle la palabra le pregunté: “¿Quieres hacer el favor de manifestarte tal y como tú eres?”. A lo que me respondió: “Perdone, pero yo no he venido a hablar con usted, su marido me rechaza así que me dedicaré a que no le pueda hacer daño a su hija, como antes lo hizo con su madre y su padre, ambos murieron accidentalmente”. Me fui de aquel onírico desierto y abandoné al vagabundo al destino infame de los villanos.

—¿Te gusta el sueño Zaida!  
—Sí, tío Mark, me ha gustado. Yo también sueño con un negro mendigo que me cuenta cosas horribles. Os las voy a contar.

—Vi como un negro, alto de pelo blanco, cara bondadosa y aspecto de mendigo hizo un haz de leña; las encendió por medio de unos polvos aromáticos, pronunció palabras incomprensibles, y, a través de la humareda, se abrió una montaña en la que había un palacio en el centro. Lo primero que se ofreció a mi vista deslumbrada fueron unos



José Enrique Canabal Barreiro



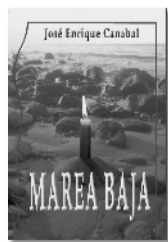
montones de oro y chocolate sobre los que se arrojó mi codicia como el águila sobre la presa, y empecé a llenar las bolsas que llevaba. Entre los dos cargamos sesenta camellos, el viejo mendigo, antes de cerrar la montaña, sacó de una jarra de plata una cajita de madera de sándalo que según me hizo ver, contenía una pomada, y la guardó en el seno. Salimos y la montaña se cerró, nos repartimos los camellos, de repente apareció papá y valiéndose de las palabras más expresivas le agradeció las riquezas, nos abrazamos con sumo alborozo y cada cual tomó su camino. No había dado cien pasos cuando el numen de la codicia acometió a papá. Me dijo que se arrepentía de haberle cedido sesenta camellos y su carga preciosa, y resolvió quitárselos al mendigo, por buenas o por malas. “Hermano, le dijo, he reflexionado que eres un hombre acostumbrado a vivir pacíficamente y no podrás nunca dirigir sesenta camellos. Si quieres creerme, quédate solamente con quince, aun así te verás en apuros para gobernarlos”. “Tienes razón, le respondió el derviche. No había pensado en ello. Escoge los quince que más te acomoden, llévatelos y que Dios te guarde”. Papá apartó quince camellos que incorporó a los nuestro, pero la misma prontitud con que había cedido el mendigo, encendió su codicia. Volvió de nuevo atrás y le repitió el mismo razonamiento, encariéndole la dificultad que tendría para gobernar los camellos, y se llevó los quince restantes. El mendigo le dijo: “Haz buen uso de estas riquezas y recuerda que Dios, que te las ha dado, puede quitártelas si no socorres a los menesterosos, a quienes la misericordia divina deja en el desamparo para que los ricos ejerciten su caridad y merezcan, así, una recompensa mayor en el Paraíso.

**L**a codicia le había ofuscado de tal modo el entendimiento que sólo pensaba en la cajita de sándalo que el mendigo había guardado con tanto esmero. Presumiendo que la pomada debía encerrar alguna maravillosa virtud, le rogó que se la diera, diciéndole que un hombre como él, que había renunciado a todas las vanidades

**Largo rato porfiaron finalmente, el viejo mendigo, tomando a Dios por testigo de que decía verdad, cedió a los deseos de papá, que cerró el ojo izquierdo y el viejo mendigo le frotó con la pomada el ojo derecho. Cuando los abrió, estaba ciego.**

del mundo, no necesitaba pomadas. En mi interior estaba resuelto a quitársela por la fuerza, pero, lejos de rehusármela, el mendigo sacó la cajita del seno, se la entregó y le preguntó: “Puesto que tu bondad es tan grande, te ruego que me digas cuáles son las virtudes de esta pomada”. “Son prodigiosas. Frotando con ella el ojo izquierdo y cerrando el derecho, se ven distintamente todos los tesoros ocultos en las entrañas de la tierra. Frotando el ojo derecho, se pierde la vista de los dos. Papá fascinado, le rogó que me frotase con la pomada el ojo izquierdo. El mendigo accedió. Apenas me hubo frotado el ojo, aparecieron a su vista tantos y tan diversos tesoros, que volvió a encenderse su codicia. No me cansaba de contemplar tan infinitas riquezas, pero como me era preciso tener cerrado y cubierto con la mano el ojo derecho, y esto me fatigaba, rogó al viejo mendigo que le frotase con la pomada el ojo derecho, para ver más tesoros. “Ya te dije que si aplicas la pomada al ojo derecho, perderás la vista”. “Viejo Mendigo es imposible que esta pomada tenga dos cualidades tan contrarias y dos virtudes tan diversas”. Largo rato porfiaron finalmente, el viejo mendigo, tomando a Dios por testigo de que decía verdad, cedió a los deseos de papá, que cerró el ojo izquierdo y el viejo mendigo le frotó con la pomada el ojo derecho. Cuando los abrió, estaba ciego. Aunque tarde, conoció que el miserable deseo de riquezas le había perdido y maldijo su desmesurada codicia. Se arrojó a los pies del viejo mendigo y le suplicó: “Mendigo tú que siempre me has complacido y que eres tan sabio, devuélveme la vista”. Le contestó: “Desventurado, ¿no te previne de antemano y no hice todos los esfuerzos para preservarte de esta desdicha? Conozco, sí, muchos de tus secretos, como has podido comprobar en el tiempo que hemos estado juntos, pero no conozco el secreto capaz de devolverte la luz. Dios te había colmado de riquezas que eras indigno de poseer, te las ha quitado para castigar tu codicia”. Reunió los sesenta camellos y prosiguió con ellos su camino, dejándonos solos y desamparados, sin atender a las lágrimas de papá y a mis súplicas. Desesperados erramos por las montañas conducidos por un dólar volador. Y ese es mi sueño.

<http://www.joseenriquecanabal.com>



#### Últimos libros del autor:

- Marea Baja
- El Vidente
- Luna de hojas muertas
- Rescoldos